Zeitschrift: Textiles suizos [Edición español]
Herausgeber: Oficina Suiza de Expansiòn Comercial
Band: - (1957)
Heft: 2

Artikel: Le ciel de Paris
Autor: Gala
DOI: https://doi.org/10.5169/seals-797254

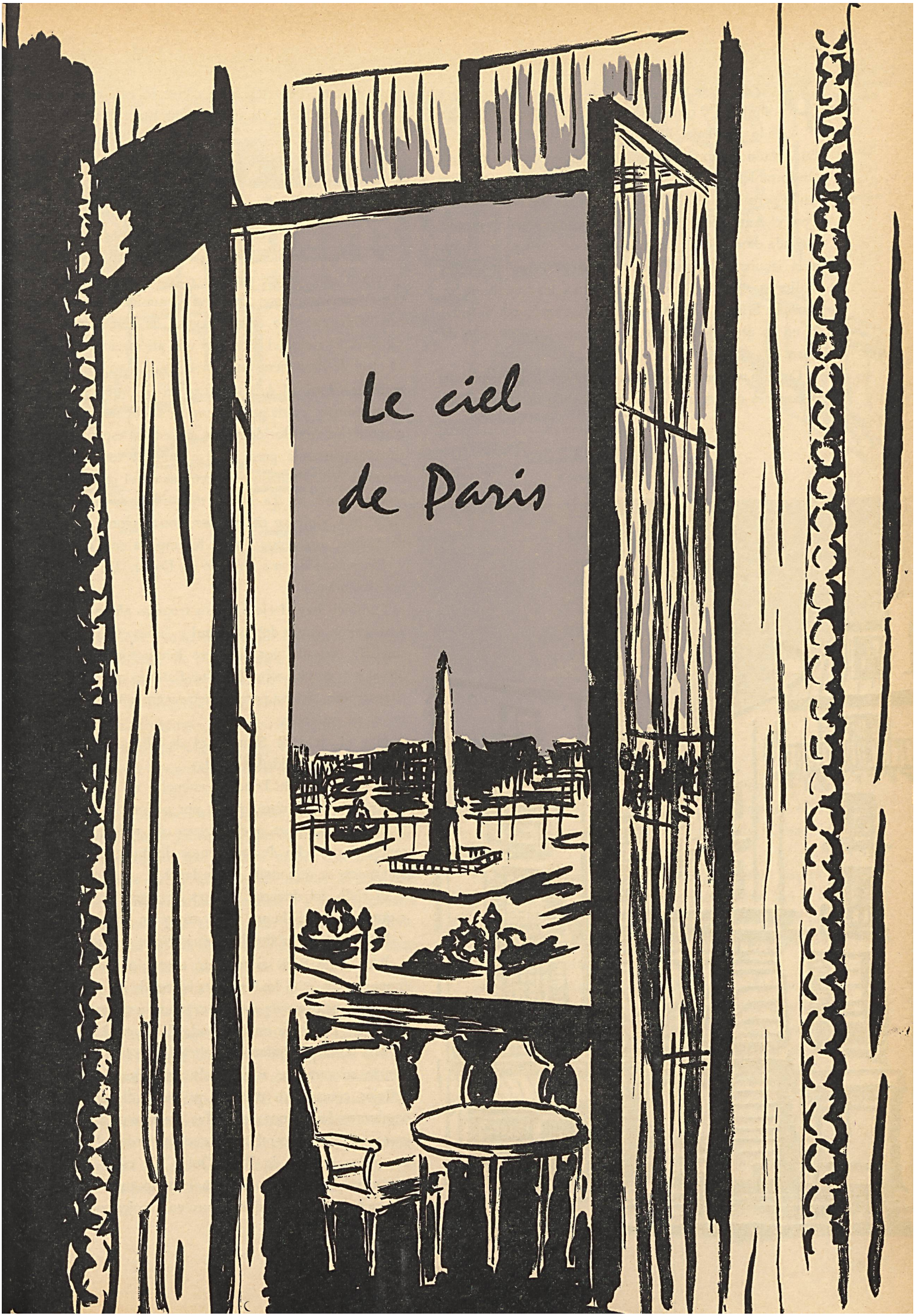
Nutzungsbedingungen
Die ETH-Bibliothek ist die Anbieterin der digitalisierten Zeitschriften auf E-Periodica. Sie besitzt keine Urheberrechte an den Zeitschriften und ist nicht verantwortlich für deren Inhalte. Die Rechte liegen in der Regel bei den Herausgebern beziehungsweise den externen Rechteinhabern. Das Veröffentlichen von Bildern in Print- und Online-Publikationen sowie auf Social Media-Kanälen oder Webseiten ist nur mit vorheriger Genehmigung der Rechteinhaber erlaubt. Mehr erfahren

Conditions d'utilisation
L'ETH Library est le fournisseur des revues numérisées. Elle ne détient aucun droit d'auteur sur les revues et n'est pas responsable de leur contenu. En règle générale, les droits sont détenus par les éditeurs ou les détenteurs de droits externes. La reproduction d'images dans des publications imprimées ou en ligne ainsi que sur des canaux de médias sociaux ou des sites web n'est autorisée qu'avec l'accord préalable des détenteurs des droits. En savoir plus

Terms of use
The ETH Library is the provider of the digitised journals. It does not own any copyrights to the journals and is not responsible for their content. The rights usually lie with the publishers or the external rights holders. Publishing images in print and online publications, as well as on social media channels or websites, is only permitted with the prior consent of the rights holders. Find out more

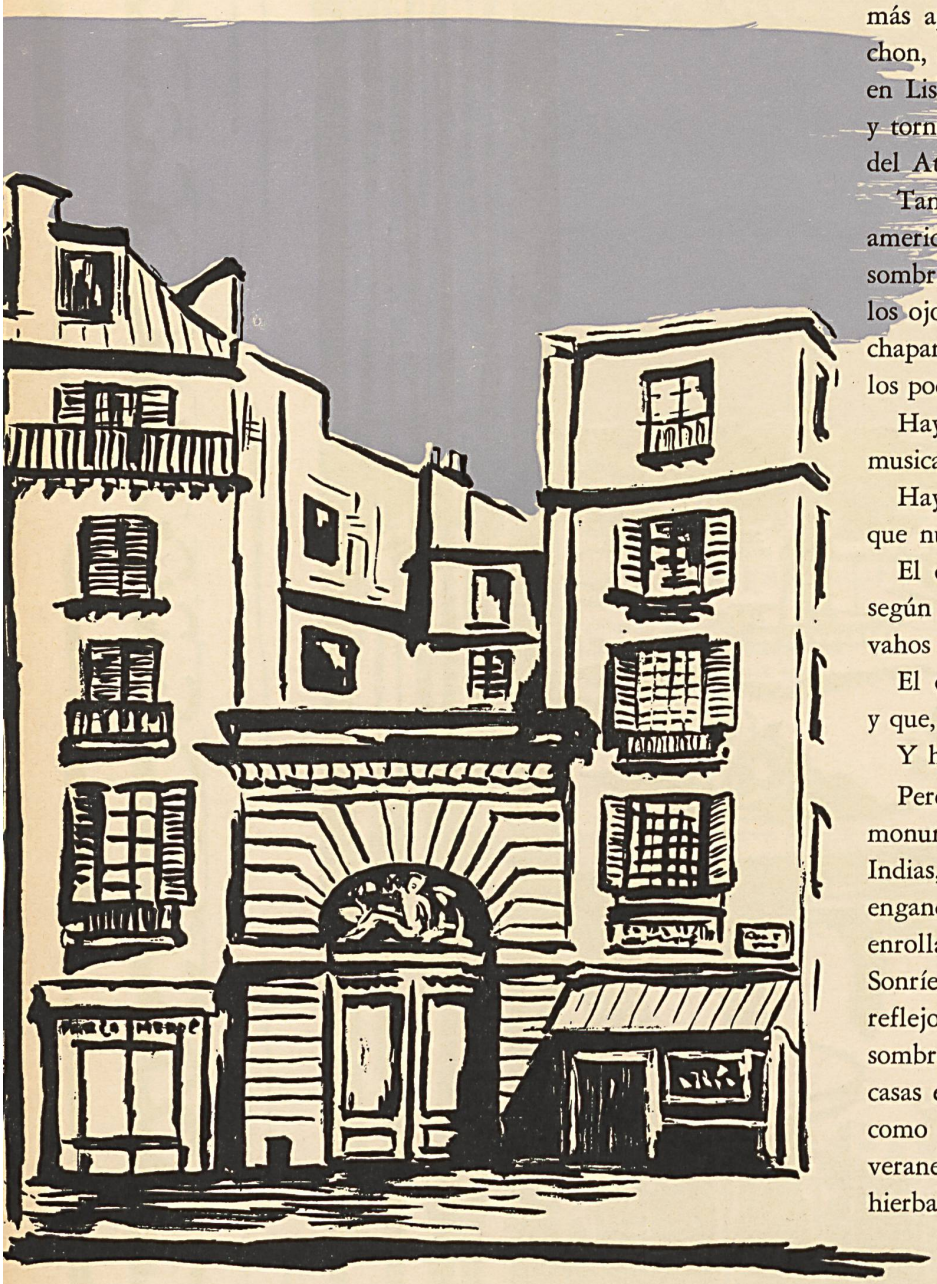
Download PDF: 23.07.2025

ETH-Bibliothek Zürich, E-Periodica, https://www.e-periodica.ch


Le ciel
de Paris

PLAZA de la Concordia. En uno de los edificios dibujados y construídos por Gabriel, un círculo ha sido instalado. Es el Automóvil Club de Francia, un círculo como cualquier otro, con antiguos sillones confortables y con una sala de lectura donde el único ruido permitido es el que se produce al volver la página. Pero el Auto Club, lo que tiene de excepcional es que su fachada da a la más hermosa plaza de París y que se ve, a la izquierda, la mole de piedras y el verdor de las Tullerías, a la derecha y en perspectiva, las frondas de los Campos Elíseos y, en frente, la línea trazada por el Sena. Y en lo alto, dominándolo todo, un cielo, el cielo de París.

Cuando va acercándose el mediodía a principio de verano, es de un gris azulado, moteado de blanco. Me diréis que es como todos los cielos en esta estación. Sí, pero es que éste brilla con una luz muy propia.



* * *

Desde luego, existe el azul duro del cielo de la Costa Azul, tendido sobre casas revocadas de color de rosa, un cielo de una densidad muy particular, tan tupido, tan apretado que parece posible cortarle en lonchas. Un cielo completamente liso, casi demasiado sencillo, de una violencia algo boba y capaz de desesperar a los pintores. El cielo del Esterel es una afirmación tranquila. El cielo de París tiene una suave ironía algo inquieta.

En la Costa del Atlántico hay un cielo que, hasta con buen tiempo, rueda suavemente grandes nubes blancas con reflejos de color de malva, nubecillas esparcidas cual rebaños pastando pero listas a salir de estampía a la menor alerta. Preñado de amenazas en el cabo del Raz, más aplanado en La Baule, más matizado hacia Arcachon, más violento en Biarritz, con mayores contrastes en Lisboa, una tenue bruma le empaña en Casablanca, y tornasolado de gris plomizo en Dakar. Tal es el cielo del Atlántico.

También hay el cielo de los trópicos africanos o suramericanos, jamás del todo azul y jamás completamente sombrío, surcado por fucilazos luminosos, que quema los ojos y gravita sobre la testa. Entre la tragedia de los chaparrones, se lava para volverse a empañar de nuevo a los pocos instantes.

Hay el cielo de Siena o el de Florencia, un cielo musical con sonoridades rosadas.

Hay el cielo de Londres, envuelto en tenue gasa y que nunca se desviste, quizás por pudor.

El cielo de Suiza que juguetea con todo un teclado, según el capricho de los vientos de montaña y de los vahos que se remontan de los lagos.

El cielo del desierto, a veces casi negro de tan azul y que, de noche, llamea como azufre en ignición.

Y hay además todos los demás cielos que ignoro.

Pero el de París es todo un obsequio. Esfumina los monumentos, irisa los recientes brotes de los castaños de Indias, transforma en espejo las aguas terrosas del Sena, engancha penachos en la cúpula del Sagrado Corazón, enrolla bufandas diáfanas en el cuello de la Torre Eiffel. Sonríe suavemente a unas alturas inimaginables, sus reflejos concuerdan con las primicias florales de los sombreros femeninos; envuelve los monumentos y las casas en sombras cambiantes que desbordan del cuadro, como los colores de Raúl Dufy. No es el cielo del veraneo, el que se contempla estando tumbado en la hierba o en la arena y que picotea en los ojos con millares

de saetas irisadas. No es el cielo que mueve a la contemplación ni un cielo de pasión como el que mantiene a Ávila o a Toledo entre mordazas, no es el cielo que inflamaba a la religiosa portuguesa. Pero sí es el de Beaumarchais, de Musset, de Giraudoux. Una seda leve, espumosa como un organdí. Un cielo para amoríos voluntariamente livianos, un cielo espiritual. Un cielo que lisonjea.

De una capital menos majestuosa que Roma, menos violenta que Río de Janeiro, menos delirante que Nueva York, menos sentada que Londres, menos coloreada que Madrid, menos clásica que Atenas, menos juiciosa que Berna, menos voluntariosa que Berlín y menos mística que Moscú, hace una ciudad suavemente ensoñadora. Le confiere una belleza diabólica. Afina hasta el embrujamiento los estúpidos campanarios de Santa Clotilde, el pastel monumental de la Butte Montmartre, el casco de oro de los Inválidos. Hace que se destaque el Arco de triunfo sobre el horizonte, como un caballo fulgurado al encabritarse. Hace del Bosque de Boulogne un oásis de dulzura, de las Buttes Chaumont un parque romántico, ilumina la sombría perspectiva del Louvre, hace que las aceras parezcan cerúleas y amarillos de cromo los montones de arena en los muelles del río. Su espuma transparente cascadea sobre las incontables chimeneas, y su pincelada luminosa alumbra con reflejos líquidos el cinc de los tejados.

El cielo de París es un brujo. A las cabelleras rubías las hace semejantes al oro hilado; suaviza los cabellos castaños. Pone sobre los vestidos unos velos tan tenues como el azul trasparente de los pintores dieciochescos.

* * *

Y no se diga que por haber nacido en París soy más sensible a todo esto. Bástame reseñar aquí las frases oídas de los visitantes y que sirven de explicación a muchas cosas.

En primer lugar, ese carácter del parisiense, siempre inquieto, siempre irónico, pero cariñosamente fiel a su ciudad y que, temeroso de que no se la ame, es el primero que la denigra, como una madre que se quejase de sus hijos sin admitir que otro los critique.

Esto explica también al París creador. Al París de los pintores más prestigiosos, al de los músicos delicados. Al de los dibujantes, de los perfumistas, de los modistas y sombrereros, al de los escritores, de los autores dramáticos y de los revisteros. No digo de los políticos porque, para hacer un político, hace falta la robustez y la gramática parda de la provincia. París es por demás liviano y se lo debe a su cielo. Ese cielo que la modistilla pretende honrar colocando tiestos en el alféizar de su ventana, llevando en la cabeza un sombrerito de los que aquí llaman « bibi », en total, un poco de espartería, un

trozo de cinta y tres flores; columpiando sobre el asfalto la corola floral de su faldita.

Todas las mañanas al levantarse, tres millones de parisienses rinden culto al cielo de París, le hablan como a un amigo, le dirigen reproches cuando está triste y le trenzan guirnaldas de gratitud cuando está alegre.

Un gemido de frenos, un chirrido de neumáticos sobre el pavimento, una invectiva. Es un coche que se ha parado en seco para no aplastar a una admiradora del cielo de Páris.

No existen balanzas bastante sensibles para pesarte, Cielo de París, tienes tres millones de enamorados que te sorben con los ojos, que trovan con tus masas inmateriales, que se envanecen contigo. Dos mil parisienses de nacimiento o adoptivos, cuando menos, no pueden seguir creando cuando se alejan de tí...

* * *

Desde este balcón de la plaza de la Concordia, se ve como viertes sobre tu ciudad la alegría de vivir. Cielo de París.

Gala